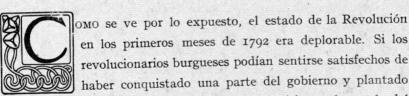


CAPÍTULO XXXII

El 20 de junio de 1972



los fundamentos de las fortunas que iban a adquirir con la ayuda del Estado, el pueblo veía que no había hecho todavía nada para sí. El feudalismo quedaba subsistente, y la masa de los proletarios no había ganado gran cosa. Los comerciantes, los monopolizadores y logreros hacían fortunas inmensas, por medio de los asignados, sobre la renta de los bienes del clero, sobre los bienes comunales, como proveedores del Estado y como agiotistas; pero los precios del pan y de todos los artículos de primera necesidad subían sin cesar, y la miseria se instalaba en estado permanente en los barrios bajos.

Entretanto la aristocracia cobraba nuevos ánimos. Los nobles y los ricos levantaban la cabeza y se vanagloriaban de que pronto harían entrar en razón a los descamisados. Diariamente esperaban la noticia de una invasión alemana que marchara triunfalmente hacia París y restableciera el antiguo régimen en todo su esplendor. En las provincias, ya lo hemos visto, la reacción organizaba sus partidarios casi públicamente.

La Constitución, que los burgueses y hasta los intelectuales revolucionarios de la burguesía hablaban de conservar a toda costa, sólo existía para las medidas de menor importancia, en tanto que las reformas importantes quedaban aplazadas. La autoridad del rey había sido limitada, pero de una manera muy modesta. Con los poderes que la Constitución le dejaba (la lista civil, el mando militar, el veto, etc.), y sobre todo con la organización interior de Francia, que lo dejaba todo en poder de los ricos, el pueblo no podía nada.

La Asamblea Legislativa no podía ser tachada de radicalismo, y es evidente que sus decretos respecto de los tributos feudales o los diezmos a la Iglesia estaban imbuídos de una moderación perfectamente burguesa; y, sin embargo, a esos mismos decretos negaba el rey su firma. Todo el mundo se daba cuenta de que se vivía al día, bajo un sistema sin estabilidad y que podía ser fácilmente derribado y substituído por el antiguo régimen.

Mientras tanto, el complot que se tramaba en las Tullerías se extendía cada día más sobre Francia y envolvía las cortes de Berlín, de Viena, de Estocolmo, de Turín, de Madrid y de Petersburgo. Se acercaba la hora en que los contra-revolucionarios iban a dar el gran golpe que preparaban para el verano de 1792. El rey y la reina instaban a los ejércitos alemanes para que apresurasen su marcha contra París; les designaban el día en que debían entrar en la capital y en que los realistas, armados y organizados, irían a recibirles con los brazos abiertos.

El pueblo y aquellos revolucionarios que, como Marat y los franciscanos, estaban en contacto con el pueblo, los que hicieron la Comuna del 10 de agosto, comprendían perfectamente los peligros de que la Revolución se hallaba rodeada; porque el pueblo tiene siempre un sentimiento verdadero de la situación, y adivinaba, mucho mejor que los políticos, los complots que se tramaban en las Tullerías y en los castillos señoriales. Pero estaba desarmado, mientras la burguesía se había organizado en batallones de la guardia nacional; y todavía ocurría algo peor: los intelectuales que la Revolución había dado a conocer, los que se habían constituído en portavoz de la Re-



EL PUEBLO INVADE LAS TULLERÍAS — 20 DE JUNIO DE 1792

volución — incluyendo en este número hombres honrados como Robespierre —, no tenían la confianza necesaria en la Revolución ni en el pueblo. Lo mismo que los radicales parlamentarios de nuestros días, temían al gran desconocido, al pueblo en la calle, que hubiera podido hacerse dueño de los acontecimientos, y, no queriendo declarar ese miedo a la revolución igualitaria, explicaban su actitud indecisa como resultado del empeño de conservar al menos las pequeñas libertades adquiridas por la Constitución. A las ventajas inseguras de una nueva insurrección, preferían la monarquía constitucional.

Fué precisa la declaración de guerra (21 de abril de 1792) y la invasión alemana para cambiar la situación. Entonces, viéndose vendido por todas partes, hasta por los mismos directores a quienes había dado su confianza, el pueblo comenzó a obrar por sí mismo y a ejercer una presión sobre los «jefes de opinión». París preparó una insurrección que había de permitir al pueblo destronar al rey. Las secciones, las sociedades populares y las fraternales, es decir, los desconocidos, la multitud, secundados por los más ardientes franciscanos, se dedicaron a aquella tarea. Los patriotas más exaltados y más ilustrados.



JERÓNIMO PETION, ALCALDE DE PARÍS

dice Chaumette en sus Memorias (p. 13), iban al club de los Franciscanos y allá pasaban las noches juntos concertándose. Un comité, entre otros, tuvo la idea de confeccionar una bandera roja con esta inscripción: LEY MARCIAL DEL PUEBLO CONTRA LA REBELDÍA DE LA CORTE, bajo la cual habían de unirse los hombres libres, los verdaderos republicanos, los que habían de vengar un amigo, un hermano, un hijo, asesinado en el Campo de Marte el 17

de julio de 1791. Los historiadores, pagando un tributo a su educación etatista, se han complacido en representar el club de los Jacobinos como el iniciador y la cabeza de todos los movimientos revolucionarios de París y de las provincias, y durante dos generaciones todos hemos pensado lo mismo; pero hoy sabemos que no hay nada de eso. La iniciativa del 20 de junio y del 10 de agosto no procedió de los jacobinos; al contrario, durante todo un año, hasta los más revolucionarios entre ellos, se opusieron a un nuevo llamamiento al pueblo. Unicamente cuando se vieron rebasados por el movimiento popular, se decidieron — y esto sólo una parte de los jacobinos —, a seguirle.

¡Pero con qué timidez! Hubieran querido al pueblo en la calle para combatir a los realistas; pero no se atrevían a aceptar las consecuencias. — «¿Y si el pueblo no se contentase con derribar el poder real? ¿Y si marchase contra los ricos, los poderosos, los farsantes

que no habían visto en la Revolución más que un medio de enriquecerse? ¿Y si barriese la Asamblea Legislativa después de las Tullerías? ¿Y si la Comuna de París, los rabiosos, los «anarquistas», aquellos a quienes injuriaba el mismo Robespierre, aquellos republicanos que predicaban «la igualdad de las fortunas», quedasen predo-

minantes? He ahí por qué, en todas las pláticas que precedieron al 20 de junio, se vió tanta vacilación en los revolucionarios conocidos. He ahí por qué los jacobinos manifestaron tanta repugnancia contra un nuevo levantamiento popular, y no le siguieron hasta ver al pueblo vencedor. Robespierre, Dantón, y hasta el último momento los girondinos, no se decidieron a seguir al pueblo y a reconocerse más o menos solidarios de la



MEDALLA
DE LOS FUERTES DEL MERCADO

insurrección hasta julio, cuando vieron al pueblo que, despreciando las leyes constitucionales, proclamó la permanencia de las secciones, ordenó el armamento general y obligó a la Asamblea a declarar «la patria en peligro».

Se comprende que en tales circunstancias el movimiento de 20 de junio no podía tener el empuje ni la unidad necesarios para hacer de él una insurrección victoriosa contra las Tullerías. El pueblo se echó a la calle, pero, incierto respecto a la actitud de la burguesía, no osó comprometerse demasiado. Parecía que tanteaba el terreno para juzgar de antemano hasta dónde podría llegar acercándose a palacio, dejando el resto a los accidentes de las grandes manifestaciones populares. Si del intento resultara algo, bueno; si no, se habrían visto las Tullerías de cerca y se habría conocido su fuerza.

Así sucedió, en efecto. La demostración fué absolutamente pacífica. So pretexto de presentar una petición a la Asamblea, de festejar

el aniversario del juramento del Juego de Pelota y de plantar un árbol de la Libertad a la puerta de la Asamblea Nacional, una multitud inmensa de pueblo se había puesto en movimiento, y llenó pronto todas las calles que desde la Bastilla conducen a la Asamblea, mientras que la corte llenaba la plaza del Carrousel, el gran patio de las Tullerías y las inmediaciones del palacio con sus partidarios. Todas las puertas estaban cerradas; los cañones apuntaban al pueblo; se habían distribuído cartuchos a los soldados; parecía inevitable un conflicto entre aquellas dos masas.

Pero la vista de aquellas multitudes siempre crecientes paralizó a los defensores de la corte. Las puertas exteriores fueron bien pronto abiertas o forzadas; el Carrousel y los patios se inundaron de gente. Muchos iban armados de picas, sables o palos con una herramienta o un cuchillo atado a la punta. Las secciones habían escogido cuidadosamente los hombres que habían de tomar parte en la manifestación.

La multitud iba a forzar a hachazos otra puerta de las Tullerías, cuando el mismo Luis XVI ordenó que se abriera, invadiendo miles de hombres los patios interiores y el palacio. La reina con su hijo fué conducida apresuradamente por sus familiares a una sala, que se cerró y reforzó el cierre con una gran mesa. El rey fué descubierto en otra sala, que instantáneamente se llenó de gente. Se le pidió que sancionara los decretos a que había opuesto su veto, que llamara a los ministros girondinos que destituyó el 13 de junio, que expulsara a los clérigos y que escogiera entre Coblentza y París. El rey agitaba su sombrero, se dejó poner un gorro de lana, se le hizo beber un vaso de vino a la salud de la nación; pero resistio a la multitud durante dos horas, repitiendo que se atendría a la Constitución.

Considerado como ataque a la monarquía, el movimiento había fracasado: nada se había hecho.

¡Entonces estallaron los furores de las clases acomodadas contra el pueblo! Puesto que el pueblo no había osado atacar y había demostrado por eso mismo su debilidad, se cayó contra ese pueblo con todo el odio que puede inspirar el miedo. Cuando se leyó en la Asamblea la carta en que Luis XVI se quejaba de la invasión de su palacio, la Asamblea prorrumpió en ruidosa salva de aplausos, tan serviles como pudieran serlo los de los cortesanos anteriores a 1789; jacobinos y girondinos desaprobaron unánimemente el movimiento.

Animada sin duda por esa recepción, la corte logró que se estableciera en las Tullerías un tribunal para castigar a «los culpables»



EL PUEBLO EN LAS TULLERÍAS

del movimiento. Se quería resucitar de ese modo, dice Chaumette en sus *Memorias*, los odiosos procedimientos de los 5 y 6 de octubre de 1789 y del 17 de julio de 1791. Aquel tribunal se componía de jueces de paz vendidos a la monarquía. La corte les mantenía y el guarda-muebles de la Corona recibió orden de atender a todas sus necesidades (1). Los más vigorosos escritores fueron perseguidos y presos; muchos presidentes y secretarios de sección y muchos afiliados a las sociedades populares, sufrieron la misma suerte. Llegó a ser peligroso llamarse republicano.

⁽¹⁾ Diario de Perlet, de 27 de junio, citado por Aulard en una nota añadida a las Memorias de Chaumette.

Los directores de departamento y gran número de ayuntamientos se unieron a la manifestación servil de la Asamblea y enviaron cartas de indignación contra los «facciosos». En realidad, treinta y tres directores de departamentos, de ochenta y tres—todo el Oeste de Francia—, eran abiertamente realistas y contra-revolucionarios.



EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Las revoluciones se hacen siempre, no hay que olvidarlo, por minorías, y hasta cuando la revolución ha comenzado y una parte de la nación acepta sus consecuencias, no es siempre sino una ínfima minoría la que comprende lo que falta que hacer para asegurar el triunfo de lo que se ha hecho y la que tiene el valor de la acción. He ahí por qué una Asamblea, que representa siempre el término medio del país, o que queda todavía más bajo que ese término medio, fué en todo tiempo y será siempre un freno para la revolución, y no será jamás instrumento de la revolución.

La Legislativa nos dió de ello un notable ejemplo: el 7 de julio de 1792 — (nótese que cuatro días después, en vista de la invasión alemana, se iba a declarar «la patria en peligro») —, un mes apenas antes de la caída del trono, he aquí lo que se produjo en aquella Asamblea. Se discutía hacía ya muchos días sobre las medidas de seguridad general que deberían adoptarse. A instigación de la corte, Lamourette, obispo de Lyon, propuso, por moción de orden, una reconciliación general de los partidos, y, para conseguirlo, indicó un medio muy sencillo: «Una parte de la Asamblea atribuye a la otra el propósito sedicioso de querer la destrucción de la monarquía. Los otros atribuyen a sus colegas el propósito de querer la destrucción de la igualdad constitucional y el gobierno aristocrático conocido

con el nombre de las dos Cámaras. ¡Pues bien, señores: execremos, por una maldición común y por un irrevocable juramento, la República y las dos Cámaras!» A estas palabras, la Asamblea, poseída de súbito entusiasmo, se levanta toda entera para atestiguar su odio a la República y a las dos Cámaras. Los sombreros vuelan, los dipu-

tados se abrazan. la derecha v la izquierda fraternizan y envíase inmediatamente una diputación al rey, quien se asoció a la alegría general. Esta escena es conocida en la historia con el nómbre de «el beso Lamourette». Felizmente la opinión no se dejó engañar por semejantes escenas. Aquella misma noche, en los Jacobinos. protestó Billaud-Varennes contra esa aproximación hipócrita, v se acordó enviar su discurso a las sociedades afiliadas. Por su parte la corte no quería



BILLAUD - VARENNES

desarmarse en manera alguna. Petion, alcalde de París, fué suspendido de sus funciones el mismo día por el directorio (realista) del departamento del Sena, por negligencia en el día 20 de junio; pero entonces París se apasionó por su alcalde. Prodújose entonces una agitación amenazadora, de tal modo, que seis días después, el día 13, la Asamblea hubo de levantar la suspensión.

En el pueblo estaba hecha la convicción. Se consideraba llegado el momento de desembarazarse de la monarquía, y que si el 20 de junio no era seguida de cerca de una insurrección popular, la Revolución habría terminado. Pero los políticos de la Asamblea juzgaban de muy distinto modo. ¿Quién sabe cuál sería el resultado de una insurrección? Aquellos legisladores, excepto tres o cuatro de ellos, se preparaban una salida en caso de contra-revolución triunfante.

El miedo de los hombres de Estado; su deseo de facilitarse un perdón en caso de derrota, he ahí el peligro de todas las revoluciones.

Para quien trata de instruirse por la historia, las siete semanas que transcurrieron entre la manifestación del 20 de junio y la toma de las Tullerías, el 10 de agosto de 1792, son de la mayor importancia.

Aunque sin resultado inmediato, la manifestación del 20 de junio causó gran sensación en Francia. «La rebelión corría de ciudad en ciudad», como dijo Luis Blanc. El extranjero estaba a las puertas de París, y el 11 de julio se proclamó la patria en peligro. El 14 se celebró la fiesta de la Federación y el pueblo hizo con ella una demostración formidable contra la monarquía. Los ayuntamientos revolucionarios enviaban a la Asamblea mensajes para comprometarla a obrar. Puesto que el rey hacía traición, pedían la destitución o la suspensión de Luis XVI. Sin embargo, la palabra «República» no había sido aún pronunciada: había más inclinación hacia la regencia. Marsella constituyó una excepción, pidiendo desde el 27 de junio la abolición de la monarquía y enviando 500 voluntarios, que llegaron a París cantando «el himno marsellés». Brest y otras ciudades enviaron también sus voluntarios. Las secciones de París, en sesión permanente, se armaban y organizaban sus batallones.

Todo indicaba que la Revolución se acercaba a su momento decisivo.

Y entretanto, ¿qué hacía la Asamblea? ¿Qué hacían aquellos republicanos burgueses, los girondinos?

Cuando se leyó en la Asamblea el enérgico mensaje de Marsella pidiendo que se tomaran resoluciones a la altura de los acontecimientos, casi toda la Asamblea protestó. Y cuando el 27 de julio pidió Duhem que se discutiera la destitución, su proposición fué recibida a gritos.

María Antonieta no se equivocaba ciertamente cuando escribía en 7 de julio a sus confidentes en el extranjero que los patriotas tenían miedo y querían negociar, que es lo que sucedió, en efecto, algunos días después.

Los que en las secciones estaban con el pueblo, se sentían, sin duda, en vísperas de un gran golpe. Las secciones de París, continuando en permanencia, lo mismo que muchos ayuntamientos, sin cuidarse lo más mínimo de la ley sobre los ciudadanos pasivos, admitían a éstos a sus deliberaciones y les armaban con las picas. Eviden-

temente se preparaba una gran insurrección.

Pero los girondinos, el partido de los «hombres de Estado», enviaron en aquel momento al rev, por mediación de Thierry, su avuda de cámara, una carta en que le anunciaban que se preparaba una insurrección formidable. cuyo resultado podía ser la destitución y quizá alguna cosa peor; que quedaba un solo medio de conjurar la catástrofe, cuvo medio consistía en... llamar al ministerio, en el plazo perentorio de ocho días, a Roland, Servan v Clavière.

No eran ciertamente



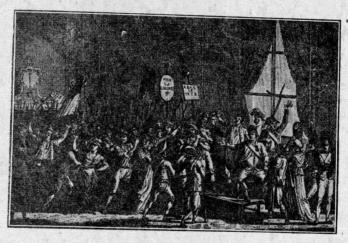
MUERTE DE MIRABEAU
(De una estampa de la época)

los doce millones prometidos a Brissot los que impulsaban a la Gironda a dar ese paso; no era tampoco, como pensaba Luis Blanc, la ambición única de reconquistar el poder; no: la causa era más profunda. El folleto de Brissot, A sus Comitentes, descubre claramente su idea: era el miedo de una revolución popular que tocara a las propiedades; el miedo y el desprecio del pueblo, de los miserables desarrapados. El miedo a un régimen en que la propiedad y, más todavía, la educación gubernamental, «la habilidad en los negocios», perdieran los privilegios que habían conferido hasta entonces.

El temor de verse igualados, reducidos al nivel de la gran masa.

Ese miedo paralizaba a los girondinos, como paraliza hoy a todos los partidos que ocupan en los parlamentos actuales la misma posición, más o menos gubernamental, que entonces ocupaban los girondinos en el parlamento realista.

Se comprende la desesperación que se apoderó entonces de los verdaderos patriotas, y que Marat expresó en estas líneas:



EL PUEBLO EN LAS TULLERÍAS

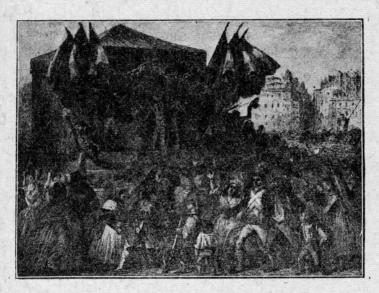
(De una estampa de la época)

«Hace tres años que nos agitamos para recobrar nuestra libertad, y sin embargo, estamos más alejados de ella que nunca.

»La Revolución se ha vuelto contra el pueblo. Para la corte y sus secuaces es un motivo constante de captación y de corrupción; para los legisladores, una ocasión de prevaricaciones y de infamias... Y ya no es para los ricos y los avaros más que una ocasión de ganancias ilícitas, de monopolios, de fraudes y de expoliaciones; el pueblo está arruinado, y la clase innumerable de los indigentes está colocada entre el temor de perecer de miseria y la necesidad de venderse... No tememos repetirlo, estamos más lejos de la libertad que nunca; porque no sólo somos esclavos, sino que lo somos legalmente».

Sobre el teatro del Estado, únicamente habían cambiado las decoraciones; continuaban los mismos actores, las mismas intrigas

y los mismos recursos. «Era fatal, continúa Marat, puesto que las clases inferiores de la nación son las únicas que han de luchar contra las clases elevadas. En el momento de la insurrección, el pueblo lo aplasta todo por su masa, pero cualquiera que sea la ventaja obtenida en el primer momento, acaba por sucumbir ante los conjurados de las clases superiores. Ilenos de sutileza, astucia y artificios. Los hombres



LA PATRIA EN PELIGRO

instruídos, acomodados e intrigantes de las clases superiores, se declararon en un principio contra el déspota, pero no fué sino para volverse contra el pueblo, después de haber obtenido su confianza y de haberse servido de sus fuerzas para ponerse en el lugar que ocupaban los órdenes privilegiados que han proscrito.

» Así — continúa Marat, y sus palabras son de oro, puesto que parecen escritas hoy, en el siglo xx —, la Revolución ha sido hecha y sostenida por las últimas clases de la sociedad, por los obreros, los artesanos, los detallistas, los agricultores, por la plebe, por esos infortunados que la riqueza impudente llama canalla y que la insolencia romana llamaba proletarios. Pero lo que no se hubiera imaginado jamás es que la Revolución se haya hecho únicamente en favor

de los pequeños propietarios territoriales, de los hombres de ley, de los partidarios de la trampa legal».

Al día siguiente de la toma de la Bastilla hubiera sido fácil a los representantes del pueblo «suspender de todas sus funciones al déspota y sus agentes», escribe después Marat; «mas para eso era necesario que tuvieran un ideal y virtudes». En cuanto al pueblo, en lugar de armarse por completo, sufrió que se armara una sola parte de los ciudadanos (la guardia nacional, compuesta de ciudadanos activos). Y lejos de atacar sin tregua a los enemigos de la Revolución, renunció él mismo a sus ventajas manteniéndose a la defensiva.

"Hoy, dice Marat, después de tres años de eternos discursos en las sociedades patrióticas y de un diluvio de escritos... el pueblo está más lejos de sentir lo que le conviene hacer para resistir a sus opresores, que lo estaba el primer día de la Revolución. Entonces se abandonaba a su instinto natural, al simple buen sentido que le había inspirado el verdadero medio de hacer razonables a sus implacables enemigos... Ahora vedle encadenado en nombre de las leyes, tiranizado en nombre de la justicia; vedle constitucionalmente esclavo".

Diríase que se escribió ayer, si no se hubiera copiado del número 657 del Amigo del Pueblo.

El desaliento se apoderó de Marat a la vista de la situación, a la cual no veía más que una salida: «algunos accesos de furor cívico» de parte de la plebe, como en los días 13 y 14 de julio y 5 y 6 de octubre de 1789. La desesperación le consumía, hasta el día en que la llegada de los federados de los departamentos, le inspiró confianza.

Las probabilidades de éxito de la contra-revolución eran tan grandes en aquel momento (fin de julio de 1792), que Luis XVI rechazó por completo la proposición de los girondinos. ¿No marchaban ya los prusianos contra París? ¿No estaban dispuestos Lafayette y Luckner a volver sus ejércitos contra los jacobinos y contra París? Sin contar que Lafayette gozaba de gran prestigio en el Norte, y en París era el ídolo de los guardias nacionales burgueses.

El rey tenía, en efecto, todas las razones para esperar. Los jacobinos no osaban obrar; y cuando Marat, el 18 de julio, después que fué conocida la traición de Lafayette y de Luckner (querían llevarse el rey el 16 de julio y ponerle en el centro de sus ejércitos), propuso tomar al rey en rehenes de la nación contra la invasión extranjera, todos le volvieron la espalda, le trataron de loco, y únicamente los descamisados le aplaudieron en sus tugurios. Por haber osado decir lo que sabemos que era la verdad, porque osó denunciar los complots del rey con los extranjeros, Marat se vió abandonado de todo el mundo, hasta de unos cuantos patriotas jacobinos con quienes él, a



LA PATRIA EN PELIGRO

(De una estampa de la época)

quien se representa tan desconfiado, había contado. Hasta le negaron asilo cuando se vió perseguido y llamó a sus puertas.

Por su parte, la Gironda, después que el rey rechazó su proposición, parlamentaba otra vez con él, por medio del pintor Boze; el 25 de julio le envió todavía un nuevo mensaje.

Sólo quince días separaban a París del 10 de agosto. La Francia revolucionaria tascaba el freno. Comprendía que había llegado el momento de obrar: o daba el golpe de gracia a la monarquía, o la Revolución quedaba inacabada. ¡Y se dejaría a la monarquía rodearse de tropas, organizar el complot para entregar París a los alemanes! ¿Quién sabe por cuántos años la monarquía, ligeramente rejuvenecida, aunque siempre casi absoluta, permanecería dueña de Francia?

¡Y en aquel momento supremo, la preocupación de los políticos consistía en disputar para saber en manos de quién iría a parar el poder, si acaso cayera de las manos del rey! La Gironda lo quería para sí, para la Comisión de los Doce, que sería entonces el poder ejecu-

tivo. Robespierre pedía nuevas elecciones, una Asamblea renovada, una Convención, que daría a Francia una Constitución republicana.

Respecto a obrar, a preparar la destitución, nadie pensaba en ello, ni siquiera los jacobinos, únicamente el pueblo; eran los « desconocidos », ios favoritos del pueblo, Santerre, Fournier el Americano, el polaco Lazowski, Carra, Simón (I), Westermann, simple escribano en aquel momento, alguno de los cuales pertenecía también al directorio secreto de los «federados», que se reunían en el Soleil d'Or, para formar el plan del ataque a las Tullerías y de la insurrección general, con la bandera roja a la cabeza; eran las secciones, la mayor parte de las secciones de París y algunas diseminadas en distintas comarcas en el Norte, en el departamento de Maine y Loira, en Marsella; eran, en fin, los voluntarios marselleses y brestenses alistados para la causa revolucionaria por el pueblo de París. ¡El pueblo, siempre el pueblo!

— «Allá (en la Asamblea), se hubiera dicho que los legistas disputaban sin cesar bajo el látigo de los amos...

» Aquí (en la Asamblea de las secciones), se plantaban las bases de la República», dijo Chaumette.

(1) J. - F. Simón era un maestro alemán, antiguo colaborador de Basedow en el Philanthropium de Dessau.

